

PACIFICO
MAGAZINE



PRO- TEC- CIÓN DE LA VEGETACIÓN



Efectos de un roce



*Bosque de Olmos, Coihues y Hual-
huanes*

Al llegar a Chile por primera vez no dejé de admirar los bosques enclavados aparentemente en la roca viva de la Tierra del Fuego, en muchos islotes y aun en el continente a mayor distancia. Entre medio de las rocas, brotan los árboles al lado de las cimas nevadas y de los vestisqueros de un hielo blanco con profundas grietas de azul marino transparente.

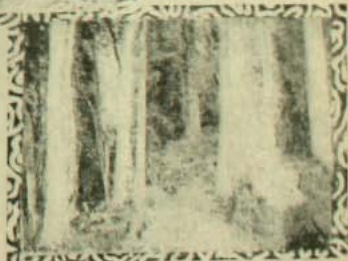
Luego siguen las grandes llanuras del Territorio de Magallanes que están interrumpidos en la vecindad de Punta Arenas por un bosque de Roble de Magallanes (*Nothofagus betuloides*) mezclado con escasos árboles y arbustos de otras especies. Avanzando en el vapor mi admiración subió de punto al encontrarme en las islas e islotes de los canales de Smith, Sarmiento, Concepción, Messer, etc con una vegetación



Bellotos que existían antes en la vecindad de la Ligua.

exuberante de Mirtos en su mayor parte, que sólo crece encontrar en los países templados.

Aquí abundan: la Peta (*Myrcengenia planipes*), Luma (*Myrcengenia luma*), Arrayán (*Eugenia apiculata*), y Meli (*Myrcengenia meli*), mezclado con Avellanos (*Guevina avellana*), Ciruelillo (*Embothrium coccineum*), Tique (*Aextoxium punctatum*), Tepu (*Tepualia stipularis*), Maitén de Magallá-



Bosques de Olmos, Coihues y Hualhuanes



Bosque de la provincia de Malleco

nes (*Maitenus magellanicus*), Ciprés de Guaitecas (*Libocedrus tetragona*), Huahuan (*Laurelia serrata*), el florido Ulmo (*Encryphia cordifolia*), el Canelo (*Drymis chilensis*), grupos de Alerce (*Fikroya antagónica*) y algunas otras especies de árboles.

Admiré la abundancia de pequeñas vertientes con sus pintorescos saltos sobre las rocas.

Es un ensueño delicioso que producen las rocas y farallones y las quebradas románticas con las más bizarras formas llenas de pequeños saltos



Bosque de Quillayes que había antes en la cordillera de San Felipe

de agua que parecen nacer de las raíces de los árboles, saltando sobre el abundante musgo. Este ensueño es pronto turbado, pues a cada rato se encuentra una multitud de brazos ennegrecidos o blanqueados de troncos seculares que extrañamente erguidos hacia arriba parecen clamar al cielo contra la barbarie destructora. Instintivamente pregunté al capitán del vapor: "¿Pero por qué se han quemado tantos bosques preciosos, sin beneficio alguno? ¿Acaso no temen de que los lleven presos por unos

10 años?" El capitán se sonrió. "No señor, ni por pienso! Hasta hay cierta recomendación de arriba para que los quememos; pues creen que con el incendio se cría tierra para cultivarla más tarde. Nosotros quemamos los bosques en la tarde, al andar, aplicándoles parafina, porque es imponente mirar cómo las llamas, primeramente se levantan al cielo para correr en seguida como un rayo, de un extremo a otro, impulsadas por el viento. Los mismos chilenos queman los bosques al fin de los causeos que arman, los queman los colonos y concesionarios para despejar el terreno para la agricultura y los queman hasta para explotar la madera!"

Aquí se nos acercó un noruego que dijo: "¿Pero, señores, no comprenden en Chile que lo que destruyen de bosques, no lo volverán a ver sino en dos o cuatro siglos más? Pues en regiones tan frías se demoran los árboles tantos siglos para ser explotados otra vez!"

"Esto no es nada, señor, dijo el capitán, vayan no más, más al norte, allá se puede ver cosa buena! Mientras que haya un palo para hacer casas y una astilla para calentar agua, no pensarán de otro modo!"

Con esto se dió vuelta el capitán y nos dejó solos. Me acerqué a unos chilenos que iban en el mismo vapor. "¿Pero, señores, no sirven estos bosques para algo?"

Me contestó un viejo chico, de piel reseca que parecía pergamino y que tenía todo el aspecto de haber pasado muchos temporales en el mar y en la tierra y cuya robustez no parecía temer ni a Dios ni al diablo.

"¡Yo soy de Chiloé, me dijo, pero he rodado mucha tierra en Magallanes y Llanquihue. ¿Cómo no han de servir para algo nuestros bosques? El Alerce y el Ciprés se llevaba en grandes cargamentos al norte, hasta Iquique, pero ya va mermando mucho, pues lo más fácil para acarrear a orillas de la costa ya se lo han llevado al norte. Todavía queda, pero ya no es breva pelada. Para durmientes de ferrocarril nos podría servir la Quiaca, el Tenio y el Ciprés de Gualtecas, pero hay poca existencia de las especies citadas; para construcciones a toda



" especie se usa la Luma, el Pelu, el Meli, Tepu, Ciprés, Alerce y aún a veces el Ulmo; bajo techo se puede emplear el Avellano, Ciruelillo, Tique, Roble de Magallanes, Huahuan, Canelo, Mañín, Radal y otros de escasa importancia. Los postes de Luma, Pelu, Meli, Tepu y Ciprés, son de buena clase. Carbón se hace de Luma, Quiaca, Tenio, Pelu, Meli y Ulmo; para leña se usan todos los árboles pero se da preferencia a los que dan carbón de buena clase. El Roble Pellín de Llanquihue que es allí el árbol más frecuente, no existe en Chiloé y Magallanes, donde le reemplazan el Roble de Chiloé en escaso número y el dominante Roble de Magallanes, ambos no son durables en contacto con el suelo, y no se pueden comparar con el Roble Pellín que principia en Llanquihue."

Al fin llegamos a Puerto Montt y aproveché la ocasión para tomar el tren a Temuco. Apenas salí de la estación ví lamentables extensiones de terrenos sembrados y entrelazados, con los árboles quemados en parte, en pie todavía, y en parte solo con los troncos que acusan la existencia de los bosques frondosos que había antes.

Aproveché la ocasión para interrogar a un pasajero gordo, que parecía extranjero y que acababa de subir al tren, en el trayecto. "Dígame, señor, ¿por qué han quemado estos bosques sin aprovechar la madera?"

"¿Qué quiere, que se haga, señor? Yo vine como colono, me dieron una hijuela de 90 hectáreas, cubiertas totalmente de bosques impenetrables, a distancia de 25 leguas del próximo pueblo y no había más caminos que unos senderos angostos de planchados de palos que en la mayor parte del año eran intraficables. ¿Qué hacía? No pude explotar el bosque por falta de caminos y ferrocarriles. ¿Qué otro recurso tenía que el de quemarlos y convertir la ceniza en granos y pasto para los animales?"

"¿Entonces el Estado no hace aquí los caminos y ferrocarriles antes de repartir los terrenos para valorizarlos y facilitar la explotación y exportación de las maderas?"

"No, señor, al contrario, nos han dejado en el completo abandono hasta hace poco y de allí viene que Ud. ve los bosques quemados en todas partes".

"¿Pero por qué no han cortado los árboles y no han destronado el terreno, exponiéndose a que de repente se les muera un animal aplastado por la caída de algún árbol podrido?"

"Esto es caro, señor, pues hoy día vale la corta preparatoria, para el roce de una cuadra (o sea de los arbustos, quila, colihue, etc.) \$ 60; el roce mismo con la atención de la gente, \$ 250; la aradura y champeadura o destroncadura otros \$ 250; y la quemadura de las raíces \$ 80; quiere decir que la cuadra completa más de 2 600 para tenerla completamente limpia, por esto preferimos dejar los troncos muertos en pie y los quemamos a medida que se caen al suelo. Es raro también que un animal no pueda arrancar a tiempo, y sea aplastado por un tronco."

"¿Ha surgido Ud. en el cultivo del campo?"

"Como no, señor, hoy día tengo una casa bastante buena y tantos animales vacunos y caballares que no me caben en la hijuela y tuve que rematar un potrero, muy caro, en la cordillera, de 2,000 hectáreas, que me ha costado \$ 2,000. Ya lo tengo bastante despejado, quemando los bosques para que se crie pasto, pero debo quemar mucho más apenas tenga gente."

Retrogrado! pensé interiormente, todavía no ha despejado las 90 hectáreas de su hijuela y se lleva destruyendo la riqueza maderera en las regiones más apartadas. Para concluir con este pasajero le dirigí una última pregunta:

"Dígame, señor, al incendiar un bosque no salta el fuego y quema mucho más de lo que se pretendía al principio?"

"Si el roce está bien preparado, no sucede, pero si no hay suficiente gente y está mal preparado, salta el fuego, de un lado de la quebrada al otro y se han visto casos que casi se quemaron las casas del fundo. Si hay viento es suficiente que prendan fuego al monte para buscar una vaca, para que el incendio pase de un lado de la cordillera al otro."

"Pero, le dije, esto puede ocasionar quejas de los argentinos!"

"Sí, señor, se quejan casi todos los años, pero nosotros no les hacemos caso"

¿Qué indiferencia pensé para mis adve-

*Bosque de Robles y Coihues
que existían antes en la
provincia de Talca.*



tros. A medida que iba avanzando el tren de estación en estación vi apiladas grandes rumbas de madera en los patios de las mismas. Qué riqueza, exclamé. Y pensar, que aquello se destruye por que se quiere! Al fin llegamos a Temuco donde fui a ver algu-

nos establecimientos madereros. ¡Qué chillar de sierras, que uno no entiende su propia palabra! Encontré en el dueño del establecimiento, un hombre de estatura no muy grande con largas patillas algo rubias, muy activo, bastante comerciante e industrial, pero de buena voluntad. Me explicó su establecimiento y me dijo: "Aquí tiene Ud. la sierra de huincha sin fin, que es la más económica de todas, pues no se pierde en cada corte más de 2 a 2 ½ mms. del grueso de la madera y trabaja muy ligero. Estas otras son sierras alternativas o sean Vollgatter, que trabajan un poco más despacio, pueden producir más de veinte tablas a la vez, y pierden 4 a 5 mms. del grueso de la madera en cada corte. Estas últimas son sierras circulares que mal manejadas cortan la madera muy dispareja y suele haber tablas de ¾ pulgadas que al otro extremo tienen 1 ½ pulgadas; además se pierde un grueso de 8 a 15 mms. de la madera en cada corte o sea un 30 al 50 por ciento del tronco."

"¿Quiere decir, señor, que se usan más sierras de huincha que sierras circulares?"

"No, señor, al contrario, por que la madera adquiere sólo su mayor valor puesta en la estación de Santiago. No les importa nada perder la madera, ya que solo con el roce a fuego pierden la mitad. Aquí no se valorizan ni los bosques, y los suelos despejados valen muchas veces más que los montañosos. Generalmente no se explota el Roble (*Nothofagus obliqua*), el Coihue (*Nothofagus dombeijl*), el Laurel (*Laurelia aromática*) y el Mañín (*Saxegotha conspicua*) a más de unas ocho leguas de distancia de alguna estación o paradero, porque no tenemos caminos ni se han habilitado las vías

fluviales para el transporte de maderas. El Raulí (*Nothofagus procera*) y el Lingue (*Persea lingue*) se explotan a distancia de más de 15 leguas, porque el precio bonito de la madera paga las dificultades del acarreo. Con el ferrocarril central pasa otro tanto. ¿No se ha fijado en las grandes rumbas de madera que existen a lo largo de la línea? Tenemos más de 17,000 carros de 20 toneladas de madera en las estaciones de la 3.ª y 4.ª sección de la Red Central sin poderlos trasportar. Desde 1910 no se ha vuelto a acarrear toda la cosecha del año, todavía hay existencias de 1911 en las estaciones, de las personas que no tienen influencia suficiente. Con la reducción de los sueldos de los jefes de las estaciones y por la falta del material rodante llegaremos otra vez a la necesidad del remate disimulado del derecho a los carros vacíos. La Dirección General de Ferrocarriles tiene muy buena voluntad pero ¿qué hace sin los elementos ne-



cesarios? Con la madera que existe actualmente en las estaciones tenemos para dos años de acarreo por ferrocarril tal como este se lleva a efecto en el año en curso y tendremos que disminuir mucho nuestra producción o paralizar los trabajos en gran perjuicio de las grandes instalaciones hechas, de nuestras deudas en los bancos y de los fuertes capitales invertidos.

"Dígame, señor, aquí se vende cada clase de madera por separado o las mezclan entre sí para la venta?"

"Se mezclan, señor, por ejemplo el Coihue, el Clivillo y aun el Ulmo, generalmente pasan por Roble, cuando debieran apartarse y distinguirse también entre Roble blanco, Roble pellín, Coihue blanco, Coihue pellín, etc. porque esto facilitaría y afianzaría el comercio del



Bosque de espinos que existían en las vecindades de Parral.



Uno de los hornos que servían para concluir con los bosques de las vecindades de la Ligua.



Bosques que existían en las vecindades de Ligua.

interior y de la exportación."

"¿Ud. quema también los bosques?"

"Es esta la regla general en todo el país, pero ya no faltan algunos dueños que han suprimido los roces a fuego, para sacar mayor provecho de sus bosques, ya que la madera ha subido en precio a medida que se hace más y más escasa."

"¿Más escasa, señor?"

"Como no, señor, estamos consumiendo el capital! Y si no se nos dan mayores facilidades para la explotación y el acarreo de la madera desde la montaña hasta Santiago, y el Gobierno no se preocupe de la conservación de bosques, habremos concluido con el Raulf en 10 años, con el Lingue en 20 años, el Laurel en 30 años, etc.

"Y no, hay nadie en el país que se preocupe de esta materia, y abra los ojos al Supremo Gobierno que es lo que debe hacer?"

"Sí; hay en Santiago un hombre iluso que cree que una sola persona puede con-mover al país y que por esto se ha votado a redentor. Pero está en un error! Ya se ha conquistado muchos enemigos con su propaganda y llegará el momento en que le van a crucificar y le van a probar que estaba demás en esta tierra. El quiere enmendar las faltas aunque sea tarde y no comprende que el país necesita sufrir y sufrir mucho antes que se convenza que debe hacer algo en favor de los bosques."

Me despedí del barraquero para alcanzar el tren al norte, dándole las gracias por su buena voluntad. En la estación de Victoria subió con mucho trabajo un viejecito flaco con el pelo y la barba alba como la cordillera nevada, las manos delgadas, pero endu-recidas por el trabajo. Al poco andar del tren empezó a lamentarse a media voz:

"Qué calamidad! ¡Qué error más profundo!"

Conmovido le pregunté:

"Qué le pasa señor?"

Y me contestó:

"Cada vez que paso por estas regiones en el tren, me emociono. ¿No vé Ud. aquellos parajes de colinas peladas continuadas con el escaso pasto, las laderas a veces hasta la cima agrietadas, carcomidas y lavadas por las lluvias, las quebradas secas y esta desolación desprovista de vegetación? Este es el fruto de nuestro trabajo! Hace 40 años, cuando llegué a Chile, éste era un solo bosque frondoso que llegaba hasta Concepción y varias veces me he perdido en él. Hemos quemado los bosques primero en los llanos fértiles para mantener nuestras vacas, más tarde en las laderas para sembrar el trigo botándolo en la ceniza, a que redujimos la frondosa vegetación, pues se decía que la tierra debe ser quemada por el fuego para que dé mucho rendimiento. Yo podíamos tener inquilino alguno sin darle todos los años el derecho de un nuevo roce a fuego de unas 15 a 20 cuadras para sus siembras, pues el segundo año el rendimiento era solo regular y el tercero netamente malo. ¡Qué calamidad! ¡Qué error más profundo y qué torpeza! La lluvia arrastró las cenizas, se llevó la escasa capa vegetal, nos dejó los suelos pobres, agrietó las colinas y el arrastre de los ríos produjo los inmensos arenales que tenemos en la costa. Las vertientes que antes brotaron de cada quebrada chica se han secado. Hoy día no tenemos en muchos fundos la leña necesaria para los in-

quilinos y hay que limitarles el derecho de recoger las bostas de los animales con este objeto. Es innegable que el clima se ha cambiado enormemente, los inviernos y los veranos son mucho más secos, los cambios de calor y frío en el mismo día son mucho mayores y hoy día hay que pensar hacer canales de riego. ¡Pero estos cordilleranos no tienen compasión alguna con nosotros, pues siguen con su fiesta de arrasar los bosques tal como nosotros les hemos enseñado! Voy precisamente a Concepción a comprarme unos eucaliptos para tener leña para mis hijos. No muchos, porque los tiempos son malos. Las grandes plantaciones son solo para la gente rica, que no necesita su dinero al día siguiente como las minas de Lota y Curanilahue."

Le dijimos:

"Pero el Estado plantará mas tarde bosques otra vez."

"No, señor, qué ha de plantar! No nos ha hecho siquiera los canales de riego. ¡Qué calamidad, señor! ¡Qué error más profundo!"

Se bajó en San Rosendo y nosotros seguimos viaje al norte atravesando los valles fértiles de Chillán. Una cosa me llamó la atención; ya no veía los grandes hacina-mientos de madera de raulí, roble, lingue, etc. en las estaciones; ya llegué a regiones donde los bosques naturales escasean para los propios habitantes y para las necesidades más reducidas. Siguió la locomotora con su "ché, ché" apurado y desfilaron ante mí los cerros pelados en cuyas laderas accidentadas ví las señales de la roza a fuego de la escasa vegetación! Impresionado con la sencilla narración de nuestro simpático viejecito de Victoria interrogué a un gordo y fornido señor, dueño de fundo en Linares.

"Dígame, señor, no hay prohibición alguna de destruir la vegetación arbórea en el fondo de las quebradas de donde salen las vertientes?"

"¿Prohibición?, nos dijo. ¿Prohibición, repitió, de hacer lo que se me ocurre en mi fundo? ¡No, señor, eso no admito yo, aquí vivimos en una república! Yo hago lo que se me dá la real gana con el fundo, que yo he pagado con mi plata! Yo querría ver al que se atreviera a meterse en mi propiedad, le arrojo yo con los inquilinos y los perros!"

"Pero no comprende Ud., señor, que Ud. no sólo hace daño a los fundos que están más abajo, sino también así mismo al quemar los arbustos en las ensenadas de las vertientes, originando así que se secan en vez de po-

"¿Yo?, dijo el vecino a quien se había dirigido. A mí me ha costado mucha plata el fundo, con el alza de la propiedad, pero no importa, en pocos años le saco su valor en leña, porque el precio de la leña es muy bonito y después le vendo el cacho a otro, no falta nunca un comprador para un fundo que produjo tanto en leña."

"Ya que Ud. sacará tanta renta de la leña del fundo, porque no planta Ud. árboles en la vecindad de las vertientes para asegurar su existencia?"

"¿Yo? Plantar árboles en las vertientes? ¿Me ha visto cara de qué?... señor!"

Ya le iba a contestar; de más prudente, de más hombre de negocios; me quedé callado, para que no se irritara todavía más, con la simple idea de que él debiera plantar árboles!

Se me hizo largo el camino



Bosques que existían al sur de la provincia de Coquimbo

derlas utilizar para el riego y para la bebida de los animales?"

"Yo! dijo, tengo mi fundo en la cordillera con aguas de primera mano, y si me falta agua, hago un canal y si este no basta hago un tranque, para esto tengo plata. Ojalá que se arruinen los vecinos de más abajo, más barato tienen que venderme los fundos a mí! ¿Qué tengo que ver yo con otros fundos con tal que yo saque pronto plata del pasto que sale el primer año, después de la roza a fuego, aun que más tarde no haya nada de pasto y se sequen las vertientes. ¿Qué dice Ud. mi amigo, que tiene su fundo en la puerta de Santiago. ¿Qué le parece una intervención de extraños en su propiedad que le ha costado su buena plata?"



Efectos de un roce

a Santiago viendo en todo el trayecto los cerros pelados donde de vez en cuando se veía algún Erplino, Boldo, Peumo o Maitén maltratado, que no ha sido posible destruirlo totalmente todavía: cuando ya en las vecindades de la capital me vi rodeado de Cipreses, Pinos, Aromos, Eucaliptus, Encinas y Sequeyas, me dirigí al vecino de detrás de mí:

"Dispense, señor, el dueño de este fundo ha de ser extranjero?"

"¿Extranjero? No, señor. Es chileno. Ni ha visto a Europa! Se llama Benjamín Matte y esta es la hacienda Los Guindos".

"Muchas gracias, señor", Le dije y pensé interiormente: Uno, entre tantos!

Al fin llegamos a Santiago. Persiguiendo mi investigación, de buenas ganas acepté la invitación de un amigo para acompañarle al club, porque la última conversación del señor de Linares me había fastidiado; cuando al poco rato se abre y entra el mismo señor de Linares! y lo peor de todo, saluda a mi amigo por haberle conocido en Curacaví! Me presenta...

"Vaya, exclamó con su voz fuerte, el mismo sentimentalista, que me quería hacer plantar bosques, en el tren!"

Me picó el hombre, y le contesté levantando la voz:

"Aun que yo he entrado hace poco en el país, me he convencido que antes había mucho más bosques en Chile que ahora, pues en todas partes he visto los rudimentarios vestigios que han quedado de ellos y si hoy pasan Uds. afligidos porque el clima es muy variable, la lluvia desaparece, las vertientes se han secado, la madera es escasa y ya dista mucho de las vías de comunicación, y la leña se ha puesto cara, lo deben Uds. única y exclusivamente a la destrucción sin tasa ni medida de los bosques naturales del país!"

De repente me vi rodeado de mucha gente entre los cuales había varios jóvenes. Uno de los últimos me decía: "Es cierto, señor y si a Ud. le interesa le regalo una fotografía de lo que eran nuestros bosques en el Sur". Otro continuó: "Yo le puedo dar otra, de lo que eran nuestros bosques en tiempos antiguos en Talca". "Yo de Graneros". "Y yo de Los Andes". "Yo le regalo unas fotografías de los bosques desaparecidos de la Ligua, donde todavía puede verse uno de los hornos, que

los hizo desaparecer, y donde Ud. hoy día no encuentra ni una gota de agua y ni una hebra de pasto." "Yo le regalo un bosque de espino". "Yo uno de Quillayes, que ya no existe". "Yo uno de Peumo". "Yo uno de Boldos". Un Guayacán. Un Algarrobo.

Me iban a sofocar con sus caricias, cuando se abrió paso un caballero respetable de tez tostada por el sol, de cabellos blancos, la cara cruzada de profundas arrugas pero con los ojos aluminados como los de un águila. Abrazó con su mirada penetrante el círculo que se formó y los redujo así al silencio:

"No me importa su nombre, señor, pero le voy a contar lo que ha pasado en el norte. Cuando yo empezaba a trabajar, teníamos los denuncios de bosques para el uso de las minas y fundiciones de metales. Ellos concluyeron casi en su totalidad con los bosques que había. Algunos se escaparon, como el bosque "Fray Jorge" al sur de Tongoy, pero aun allá suena ahora el hacha! Sobrevino la escasez de los postes, la escasez de la leña y la carestía del pasto. Allí se fundieron los Algarrobos, los Algarrobillos, el Carbón, la Tola, el Guayacán, los Chañares, los Tamarugos, etc. Excavamos hoy día los gruesos troncos de los árboles sepultados bajo la tierra al norte del río Loa! Los mapas geográficos de los tiempos antiguos de Tarapacá, Tacna y Arica nos enseñan hoy día todavía donde había bosques en aquellas épocas remotas y donde Ud. ya no encontrará más que una desolación! Yo he visto en Coquimbo y Atacama, por mis dos ojos, que todavía conservo buenos, muchos oasis, si Ud. me permite la comparación, de vertientes que nacían rodeadas de pequeños bosques, y que alcanzaron a regar campos de mayor o menor extensión! Los he vuelto a ver años después: del verdor de los árboles y arbustos no ha quedado más que algunos troncos ennegrecidos que se escaparon de la codicia; de las casas de los inquilinos, no quedaron más que las murallas, las vertientes ya no existían y no encontré una hebra de pasto para darle a mi caballo cansado, ni una gota de agua para saciar mi sed! Gracias a la obra del hombre, a nuestra inercia y a la falta de valor para ir contra la opinión pública formada, el desierto va avanzando hacia el sur. Hoy día los habitantes de Atacama



Bosques que existían en las vecindades de Arauco.

y Coquimbo están todos alarmados porque se seca, aun la escasa vegetación arbustiva en los cerros, y donde antes había un pasto escaso, hoy día no hay nada! Absolutamente nada, señor ¿Comprende Ud.?"

Apenas concluyó



Bosques que existían en la vecindades de la Ligua.

el caballero respetable, su exposición, se formó un verdadero caos de muchas voces:

¡De allí vienen las inundaciones del norte! ¡Hay que hacer defensas de ríos! Aquí en el centro las necesitamos más que Uds. en el norte! No puede ver.



Bosques que existían en la vecindades de Ligua



Bosques que existían en la vecindades de Victoria

hay que tomar medidas! Hay que reglamentar! Hay que prohibir el roce y la corta de los árboles en las vertientes, en tiempo de verano! "En el fundo mío, no se me mete nadie!" gritó con voz estentórea el señor de Linares. "Pero entonces hay que obligarles a que planten!" "Yo no planto ni un palqui y quiero ver, quién me obliga a hacerlo!" gritó el gordo otra vez. El Estado debe plantar! gritó otro. ¿Con qué, señor, el Estado no tiene fondos? Hagamos tranques grandes. Los tranques cuestan muchos millones! Los tranques también necesitan plantaciones para evitar su embancamiento! Las plantaciones en cerros son muy caras, pues la hectárea que produjo 50 pesos en leña, cuesta \$ 5,000, al poblarla de bosques otra vez! Era fácil destruir, pero es muy costoso reconstruir! No estamos preparados, ni para estos trabajos ni para los gastos! Hay que hacer economías! La economía de los presupuestos! Hay que hacer economías en los presupuestos! No se pueden desequilibrar las entradas y gastos del Estado! "Este es el resultado de la propaganda perniciosa que se hizo, y todavía a costillas del Fisco!" gritó el señor de Linares, pegando un fuerte puñetazo sobre la mesa, que chirriaban los vasos. "Establezcamos contribuciones directas sobre la renta anual, la herencia, por cabeza de habitante, etc." No estamos preparados para eso! Hagamos algo que no cueste nada al Estado! Ni a los particulares tampoco! No es cierto lo que dicen y se lo pruebo con mil números! No quiero pagar contribuciones, bastante tenemos que pagar con el alcohol, los cigarrillos y los fósforos! Las ideas nuevas no surgen en el país, esto está bueno para Europa y no para un país nuevo! ¿Por qué hemos de preocuparnos de nuestros hijos? Ellos verán como se acomodan! "Señores! les grité. Con dinero edifican Uds. un palacio en un año, pero en un año no me hacen cre-

cer bosques de 60 a 300 años de edad!" "Encargamos la madera de Estados Unidos! Hacemos casas de fierro! Para leña tenemos las minas de carbón! Mandemos el coque al campo! Hagamos represas! Las ideas nuevas no surgen en el país, se necesitan 40 años para que se lleven a la práctica, todavía no han pasado más de 15, esperemos otros 25 años! Todo es cuestión personal, de un hombre iluso, señores, para crear un nuevo servicio y un nuevo gravámen para el Fisco! Hay que hacer economías! El que no gasta en siembras no cosecha!

En medio de este alboroto, sin que nadie lo notase, me colé hasta la puerta, la cerré cuidadosamente, me dirigí al hotel y me acosté. Al producirme el insomnio, causado por el bullicio de voces y opiniones oídas, me acordé de lo que me dijo aquel bonachón de barraquero de Temuco. Es un hombre iluso el que cree poder surgir con su opinión personal; tienen razón al decir que se necesitan 40 años para que surja una idea nueva por más útil que sea; el país necesita sufrir y sufrir mucho para convencerse, cuando ya sea tarde, para enmendar los males que se ha causado así mismo y que son superiores a cualquiera guerra que le podría haber sobrevenido; se necesitaría la acción de todos los jóvenes que me ofrecieron fotografías, de los hombres activos metidos en el comercio y en las industrias, la mayoría de los congresales, el apoyo de la administración pública, los hombres sensatos de experiencia y cierta edad para hacerse respetar, y **last not least**, la prensa unánime para hacer surgir la idea nueva de la superioridad del derecho de la comunidad sobre el de cada uno de los individuos. Con esto me dí una vuelta en la cama con la intención de despertarme sólo cuando a mi cuerpo se le ocurriese.

PRUDENCIO TARDIO.

